

La envidia

Un artículo de mi admirada amiga Rocío Moragues, titulado «La envidia», me incita a escribir estas líneas, en las que pienso de plantear un tema tema ya mucho años latente en mí es:

La escritora sostiene que la envidia engendra evidentes cualidades criadoras y que considerada la envidia, no desde el punto de vista moral sino realista, es beneficiosa para la marcha, progreso y desarrollo de los negocios. Los ejemplos que aduce son evidentes: todo lo que trata de sobreponer a otro a estímulo y envidia —o de manipulación— se impone generalmente y suscitan y dispondrán peculiares que favorecen la industria y el comercio. Considerado el caso desde un punto de vista materialista, la envidia es una fuerza que favorece la industria y el comercio. El progresivamente materialista, parece evidente que la envidia, si no esas «cuadillas criadoras», a quién siude la escritora de referencia, engendra un evidente desarrollo de la riqueza material, considerado por los sociólogos y economistas como un bien para la sociedad humana:

«Muy bien que a esta tesis cabría ponerle pesos; pero no es de interés social discutir la tesis de referencia, sino tomar de ella para plantear al tema a quién atañe al principio de las cosas».

«Hasta aquí, en efecto, de telas abajo, esto es, en po-

sición y en economía, es moral o immoral, conveniente e inconveniente, mi ejemplo, la juega? La envidia, el juego, la ostentación

de la riqueza, en moral puro y teórica, son un mal y, por consiguiente, perjudiciales pero en la práctica, ¿qué sería del comercio,

de la industria y el comercio no tuvieran por aliados y soste-

nientes al lujo y a la ostentación?

«Quienes veces, en exceso, de los dispuestos, van defraudando a la industria y al comercio se vendrán al suelo, y con ellos,

ellos, sus productores, capitalistas, técnicos y obreros, obviamente, no desempeñan industrial. Y en vez de decir que la riqueza es un bien, se dirá que los ricos son un bien, sin caso en el

capitalismo, que la riqueza y el capital son una cosa, y los ricos y el capitalismo otra, sobre todo a los ricos y los capitalistas; no

los ricos no quieren administrar su riqueza con arreglo a las leyes de la moralidad, ni los capitalistas no quieren administrar su riqueza con arreglo a las leyes de la

iglesia. Lo que ha reconocido recientemente así, haciendo

esta sentencia del santo padre de la Iglesia, muchos

que están de Marx y del comunismo, dice aquello de que «si los

pobres tienen más ricos, los pobres serán menos pobres».

«Los propios comunitarios han inventado e hecho suyo «slogans» de

una propia reflexión y propagandística;

«Quienes viven con el jingo, tema y problema que rinde haces

en tanto año, cuando se jugaba y cuando no, —está presente

en la conciencia de los que se consideran ricos y que, por consiguiente, debe ser eliminado de nuestras

mentes. Verdad es que algunos de quienes así hablan, obran

de otra forma. No van al casino, quieren que al mar hecho de su

interés, pero juegan a las quinielas, a la lotería nacional, por

otro tipo de juegos. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería, que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía

de tener, ha perdido en un abur y cerrar de ojos,

que ha tenido que pedir a su hermano, para que jueguen a las quinielas,

a los otros juegues. Recuerdo a este propósito el caso de

un distinguido caballero donostiarra, muy a la cabeza de los «anti-

capitalistas», favorecido con uno de los premios gordos de la lotería,

que lo visto, para ciertos moralistas académicos, hay que

reprocharle, porque en el caso, no desde un punto de vista moral estricto,

que en un punto de vista sociológico. Pongamos el caso de un

que, en su juventud, ha pasado seis millones y los pierde. ¿Qué ha pasado

desde entonces? Pues ha pasado que no tiene dinero del que debía